

De la modernidad y sus mapas – *Revista de Occidente* y la nueva generación en la Argentina de los años veinte

KARINA VÁSQUEZ

Universidad Nacional de Quilmes / Universidad de Buenos Aires

Un magistral artículo de Pedro Henríquez Ureña, destinado a indagar en la pregunta por “el sentido del carácter” y la “originalidad” en la literatura americana, comienza reflexionando en torno a *aquello que nos viene de Europa*. El eclipse provocado por la guerra parece haber sumido en una “feliz anarquía” a aquel continente, desde el cual antes “nos venía la luz”. Sin duda, agrega el escritor dominicano, “ojos perspicaces discernirán corrientes, direcciones, tendencias, que a los más superficiales se les escapan”, frase que remite a una nota al pie, en donde cree necesario subrayar: “eso no implica ningún acuerdo con los moradores de la *terrazza* donde todo sustento intelectual proviene de la *Revista de Occidente*”.¹

Esta cita nos sugiere ya uno de los rasgos principales que van a caracterizar a la empresa que se propone llevar a cabo *Revista de Occidente*. Tal como aparece en el editorial “Propósitos” del primer número, esta publicación se planteaba a sí misma en el lugar de aquellos “ojos perspicaces”, capaces de discernir en la confusión líneas relevantes y presentar al lector culto “el plano de la nueva arquitectura en que la vida occidental se está reconstruyendo”.² Pero esta cita nos habla también de algunos de los lectores de esta publicación. Ciertamente, si desde su primer número la revista se proyecta hacia el público hispanoamericano, donde la editorial Espasa-Calpe distribuía la mitad de su edición³ — en especial en la Argentina—, parece ser que “los moradores de la *terrazza*” no eran pocos, ya que Henríquez Ureña siente la urgencia de insistir sobre este tema en un artículo de 1927, “El peligro de *Revista de Occidente*”,⁴ donde se ve

kvasquez@cvq.edu.ar

claramente una recriminación y una alerta dirigida no tanto a esta publicación, sino más bien a sus lectores de este lado del océano. Es decir, reconoce en *Revista de Occidente* uno de los focos principales de difusión cultural en el mundo hispano, pero el “peligro” que cree su deber señalar es la tendencia de algunos jóvenes a identificar los horizontes de la cultura con las marcadas predilecciones de esta publicación. Bien pudiera ser que estas prevenciones, que atacan la lectura de moda, fuesen exageradas. De todas formas, junto a ellas, los datos de la distribución nos inducen a pensar que el conjunto del emprendimiento editorial de *Revista de Occidente* contó con una destacada atención desde su aparición en julio de 1923.

Sin embargo, poco sabemos en torno a la incidencia de esta lectura en los jóvenes intelectuales durante la década del veinte. Con frecuencia, la gravitación de *Revista de Occidente* en los medios y en el panorama intelectual argentino ha sido mencionada en relación con el surgimiento de la revista *Sur* en 1931, pero es conocido que ya desde la Reforma Universitaria los jóvenes que se autopropone como la “nueva generación” sostienen con diverso énfasis, a partir de emprendimientos compartidos, una voluntad de ruptura con el pasado, alentando una amplia corriente de renovación ideológica y estética. En este contexto, una revista tan sensible a la novedad como *Revista de Occidente*, que se propone precisamente dar cuenta de una “profunda transformación en las ideas, en los sentimientos, en las maneras y las instituciones”, no hubo de pasar inadvertida. A partir de aquí, el problema que se nos abre es el siguiente: ¿qué tipo de lecturas, de apropiaciones, de desavenencias y malentendidos circularon entre los jóvenes intelectuales argentinos a propósito de *Revista de Occidente*? Es decir, ¿qué materiales o líneas de aquel particular “plano de la nueva arquitectura moderna” fueron tomados, utilizados y discutidos entre esa “nueva generación”?

Como es sabido, en Argentina uno de los canales privilegiados para la circulación de ideas, problemas y preocupaciones entre estos jóvenes fue aquel configurado a partir de las diversas publicaciones y emprendimientos editoriales que surgieron en los años veinte. Entre las más conocidas, podemos contar a *Valoraciones*, *Inicial*, *Sagitario*, *Proá*, *Martín Fierro*. Creo que es posible rastrear a través de ellas qué tipo de diálogo, de apropiaciones, de polémicas y silencios se establece entre estos jóvenes y *Revista de Occidente*. Pero dada la vastedad de esta empresa, en esta oportunidad sólo voy a ofrecer algunas sugerencias al respecto, destinadas al menos a plantear la diversidad de problemas, intereses y colocaciones que mediaron esa lectura.

Empecemos por discernir algunas líneas que hacen a la configuración de *Revista de Occidente*, enfocadas sobre todo en sus primeros años de existencia: desde su fundación en 1923 hasta 1927. Como es sabido, la iniciativa corrió por

cuenta de Ortega y Gasset, quien ya para esos años tenía una amplia experiencia en este tipo de emprendimientos y tuvo éxito en atraer a un nutrido grupo de colaboradores jóvenes. Durante los años en que vamos a centrarnos, los nombres más frecuentes son los de Benjamín Jarnés, Fernando Vela, Antonio Marichalar, Antonio Espina, Corpus Barga, Ramón Gómez de la Serna, Manuel García Morente, Gerardo Diego, Fernández Almagro, Ernesto Giménez Caballero, Guillermo de Torre, Pedro Salinas, Ricardo Baeza, Jorge Guillén, entre otros, sin contar las colaboraciones extranjeras. Esto nos habla de una diversidad de matices y posiciones dentro de cierto marco de coincidencias comunes en torno a la participación en este proyecto cultural.⁵

Ya en el nombre mismo encontramos plasmadas algunas de las elecciones que habrían de constituir un piso común sobre el cual se sostienen y argumentan muchas de las colaboraciones que acoge la revista, tanto españolas como extranjeras. Según un testimonio de Fernando Vela, a la sazón secretario de redacción en la primera hora, el nombre se escogió en una tertulia de la “Granja del Henar” de una lista de quince nombres posibles. ¿Qué resonancias implícitas se encuentran en ese nombre? El título de *Revista de Occidente* alude y responde, programáticamente, a los ecos de la por entonces famosa obra de Spengler, *La decadencia de Occidente*.

Como esta afirmación exige algunas aclaraciones, empecemos por recordar brevemente algunas de las tesis principales sustentadas en ese texto, escrito con un ánimo evidentemente provocador, cuya primera parte es publicada en Alemania en 1918. Allí, tanto la idea de *decadencia* como la de *Occidente* van a ser objeto de una profunda insistencia. La “humanidad” y la “historia universal” dirigida hacia el progreso —a los ojos del autor alemán— no son sino abstracciones, productos de una cultura particular, una entre tantas, la cultura occidental. Por otro lado, las culturas son consideradas como organismos relativamente independientes de los individuos: nacen a partir de la interacción de determinada raza sobre el medio y confieren una fisonomía particular a todas las producciones humanas radicadas en ella: el hábitat, las prácticas, la religión, la economía, las relaciones entre los sexos, el pensamiento, el arte. Como organismos, las culturas pasan por períodos de juventud, de dinamismo, de madurez y de muerte. La transformación de una cultura en civilización tiene lugar, en esta concepción, cuando —luego de la madurez— se agotan las potencialidades creadoras de formas nuevas en una cultura y lo único que queda son posibilidades extensivas. Así, para Spengler, tanto la civilización romana como la contemporánea exhiben claramente síntomas de decadencia: entre ellos, cabe mencionar, el imperialismo, la expansión del dominio técnico y de las grandes urbes. En los intersticios de este diagnóstico, donde las culturas nacen y mueren, y la civilización no es sino el destino inevitable de toda cultura, se

ubica el afán de Spengler de “predecir la historia”: el tránsito de la cultura a la civilización ya ha ocurrido en otras culturas, de las cuales conservamos ejemplos que podemos analizar; por lo cual, una mirada despojada de prejuicios — partidistas o morales— estaría en condiciones de discernir, en medio de la crisis del mundo presente, “qué cosas son posibles para el hombre de nuestro tiempo y cuáles debe abstenerse de querer”.⁶

Desde las páginas de *Revista de Occidente*, en los años a los que nos referimos, van a ser frecuentes las alusiones a la obra de Spengler. En efecto, en 1924 se publica en sus páginas el capítulo “Pueblos y razas”, de la segunda parte de *La decadencia de Occidente* —cuya pronta aparición en español se anuncia—, así como también la traducción de algunos artículos del célebre número que la revista *Logos* había dedicado a la discusión de esta obra. Pero no se trata tan sólo de esto, dado que la referencia a Spengler aparece a propósito de los más variados temas: ya sea que se aborde la obra de Freud, o bien la novedad del cine, o panoramas de las nuevas perspectivas estético-literarias, o la influencia del clima en la producción de los “profesionales de la literatura”, siempre está presente la cita de Spengler.⁷ No se trata de que las colaboraciones en general compartan sus concepciones en torno a la idea de “cultura”, ya que ésta va a ser entendida más bien en una clave simmeliana:⁸ como el conjunto de formas, de normas y de estructuras que surgen de la vida. Desde esta perspectiva, la idea de “decadencia” pierde todo sentido:⁹ las formas de una cultura pueden estar más o menos alejadas de la vitalidad que la engendra, puede efectivamente existir un conflicto entre la cultura objetiva y la cultura subjetiva, pero el cambio no se explica por la “muerte” o el agotamiento de determinadas posibilidades, sino más bien por las variaciones producidas en el suelo vital que da lugar al surgimiento de nuevas formas, nuevas formas que afloran tanto en el campo del arte, del conocimiento, como en el de las prácticas. Y es precisamente el espectro de “lo nuevo” lo que aparece resaltado en *Revista de Occidente*, en una actitud que resume, por ejemplo, Manuel García Morente al presentar *El tema de nuestro tiempo*:

A los que no quieren convenir en la realidad de la nueva ideología; a los que persisten en los hábitos mentales del pasado siglo, sin advertir su caducidad, su ineficacia, su incongruencia con la sensibilidad actual; a los que no perciben las profundas innovaciones que al mundo del pensamiento aportan la reciente **biología, la reciente historia, la reciente matemática, la reciente física, la poesía y el arte recientes, y hasta la misma política**, a estos debemos aconsejarles que, si su actitud obedece a falta de

información, se sirvan tomar conocimiento de los trabajos bastante numerosos en que se revela lo más fino y original del pensar contemporáneo (...).¹⁰

Podríamos decir, entonces, que a la revista le interesa ofrecer un registro de la novedad que se produce en campos diferentes: tanto la etnología, la psicología, la biología, la filosofía como el teatro, la poesía o el relato de ficción tendrán espacio en sus páginas. En este sentido, es evidente que *Revista de Occidente* mezcla, por así decirlo; ofrece al lector culto, tal como sostenía en sus propósitos, un panorama y un registro amplio de la novedad. De algún modo, esto se sostiene también desde la firme convicción de que es posible —tal como sostenía Spengler— “predecir la historia”, indagar en el presente acerca de las líneas de un profundo cambio en las maneras de pensar y de sentir, cambios que llevan a la historia a plantearse de modo diferente su objeto, así como a la física, a la matemática, a la etnología y, por supuesto, también en el caso de la literatura y el arte.

Pero si el tópicos de la *decadencia* no suscitaba mayores adhesiones entre los colaboradores de la revista, otra muy distinta va a ser la suerte de aquellos elementos que atañen a la representación de *occidente*. Habíamos dicho ya que el autor de *La decadencia de Occidente* presenta la cultura occidental como una más entre otras, algunas del pasado —la cultura antigua grecorromana, por ejemplo— y otras con las cuales convive en el presente. Y también se preocupa por aclarar que *occidente* no se identifica con Europa. Tal como dice Spengler, hay una pequeña porción del planeta donde los constructores de esa imagen, de esa cultura, se sienten como en su casa —a la sazón, Europa— pero ni Europa ha sido siempre Europa, ni toda Europa es *occidente* (de hecho, en la mirada de Spengler, Rusia no participa de la cultura occidental). Si bien antes de la primera guerra predominaba entre los intelectuales españoles una mirada que más bien veía como problema el alejamiento de España con respecto al resto de Europa¹¹ (es decir, aquellos países de Europa que aparecían como emblemas de la civilización y el progreso: Francia, Inglaterra y Alemania), después de aquel gran acontecimiento, más que la discusión en torno a la “decadencia” de esa civilización —en la cual, por cierto, hasta hace no mucho se lamentaba que España no estuviera incluida—, interesaban las posibilidades implícitas en la imagen de Occidente. Porque, en efecto, España podía o no ser parte de Europa, pero indudablemente tanto su historia y su tradición cultural como los nuevos movimientos que estaban surgiendo en poesía, en literatura y en pintura hablaban de su legítima pertenencia a la *cultura occidental*. Y es así que la operación que intenta *Revista de Occidente*, al nombrarse de esa manera y al traer a sus páginas “la colaboración de todos los hombres de Occidente cuya palabra ejemplar

signifique una pulsación interesante del alma contemporánea”, es la de construir un *mapa* que permita orientar al lector culto en torno a los diferentes aportes que constituyen “lo nuevo” en la cultura occidental, pero también un mapa que vaga por diferentes “regiones” de esa cultura (por diferentes saberes, por diferentes países, por diferentes movimientos estéticos y literarios), delimitando lugares, colocaciones y nombres. Es así, por ejemplo, que las colaboraciones extranjeras son generalmente presentadas, ya sea en la sección de asteriscos o mediante un breve acápite, en el cual se menciona la proveniencia del autor, a veces el título de sus obras más importantes, el lugar en que se desempeña, y una referencia que aclara de dónde fue tomado el artículo en cuestión y por qué la revista consideró pertinente su publicación.¹²

Relacionado con el trazado de este “mapa”, aparece también de manera relevante el tópico del “viaje”, que insiste una y otra vez de diversas maneras. Podríamos decir que no se trata sólo de la recurrencia de este motivo en los cuentos o relatos publicados por la revista, en donde efectivamente el tema de la espera del viaje, del viaje realizado, del viaje frustrado o la aventura imposible aparece una y otra vez;¹³ sino también de “viajes” que de alguna forma la revista propone cuando, por ejemplo, indaga sobre las nuevas formas del teatro ruso, o bien pretende dar cuenta del surgimiento de nuevas revistas de poesía en los Estados Unidos, o bien reflexiona sobre las relaciones entre Oriente y Occidente a propósito de libros como *El problema de la China* de Bertrand Russell o *Betes, Hommes et Dieux*, el relato de aventuras de un viajero polaco en su travesía de Siberia a China. La editorial, por su parte, acompaña este movimiento organizando una colección titulada “Musas lejanas”, donde publica textos como *El decamerón negro*, *Cantos y cuentos del antiguo Egipto*, *Cuentos populares de China*, *Cuentos y leyendas de la vieja Rusia*, que también aparecen, de una u otra manera, en las páginas de la revista, ya sea bajo la forma de fragmentos en los que se adelanta al lector la aparición del libro, o de notas bibliográficas.

De algún modo, podríamos decir, estos “viajes” que la revista propone se justifican desde el intento de mostrar las regiones remotas de la cultura occidental, subrayar en ese mapa que se están construyendo las zonas alejadas del prestigioso centro de esa cultura y también recoger aportes que pueden ilustrar acerca de aquello que constituye la alteridad de esa cultura occidental: Rusia, África, Oriente, etc.

Frente a estas zonas poco conocidas y lejanas, predomina una actitud de apertura e inclusión, censurando el “egocentrismo” de Europa durante el siglo XIX.¹⁴ Distintas y más variadas suelen ser las miradas que se deslizan hacia las tendencias intelectuales situadas en el corazón de la cultura occidental, en el interior de Europa. Si bien es sabido que, en gran parte debido a las propias conexiones de Ortega, las colaboraciones alemanas en diversos campos —como

el de la filosofía, la historia y la psicología— van a ser particularmente bien recibidas en la revista, quisiera centrarme aquí en el espacio que la revista dedica a la reflexión sobre nuevos movimientos literarios y estéticos. En este punto, es muy notoria la atención que concede, particularmente en las notas bibliográficas, a la producción francesa. La cantidad de reseñas, comentarios, menciones que aparecen en torno a escritores y críticos franceses —como Proust, Gide, Cocteau, Morand, Bretón, Maurrás, Barrés, Valéry Larbaud, Paul Valéry, Ivan Goll, Paul Bourget, Delteil, así como también referencias a Rimbaud, Mallarmé y Baudelaire, entre otros— sugiere que el campo literario francés ocupa, en la mirada de *Revista de Occidente*, el lugar de un *centro*, que ejerce una poderosa fascinación por un lado y, por otro, también es objeto de disputas y polémicas.

Esa fascinación sólo es reconocida expresamente en algunos momentos, por ejemplo, con ocasión de celebrar la revista un “Homenaje a Mallarmé” a cinco lustros de su muerte. En la presentación de este homenaje encontramos una referencia al “poderoso influjo” de Mallarmé, que se ha sentido —afirman— “sobre todas las literaturas”:

No digamos en Francia, donde los mejores poetas no han rebasado todavía el límite de ese vuelo, sino en Alemania, principalmente sobre Stephan George y sus seguidores; en Inglaterra, como justa reciprocidad; en España también, en el movimiento literario de principios de siglo y su continuación, y en todas partes, en suma.¹⁵

Podría considerarse que se trata sólo de una alusión de circunstancia, debida al homenaje, pero resulta llamativo que, desde las páginas de la revista, no vuelva a retomarse la mención de Stephan George, y que incluso autores como Joyce, Poe o Walt Whitman sean considerados a partir de las lecturas —y la consiguiente consagración— que reciben de sus pares franceses.¹⁶

Pero si el campo literario francés, a partir de la frecuente consideración de sus poetas, de sus novelistas y de sus críticos, va a recibir una colocación central, la atracción que ejerce este centro no va a ser tramitada pacíficamente, ya que, lejos de la actitud reverencial, es frecuente encontrar en las notas y reseñas de la revista un tono polémico, a veces irónico, a veces agresivo, incluso mordaz —como, por ejemplo, cuando se afirma que el número 2,50 en la portada de una revista dadaísta puede ser tanto una alusión al precio de la revista como uno más de los poemas—, tono que aspira a desacralizar ese centro, a cuestionar a sus escritores consagrados y construir a partir de ellos algunos interrogantes. Y, en efecto, se vuelve la mirada a Francia para tratar de discernir *cuál ha de ser el fundamento de lo nuevo*¹⁷ en un panorama que se percibe signado por esa búsqueda. Parte de esta polémica consiste en mostrar que si bien los escritores

franceses han conseguido un público, ello no implica el haber logrado llegar al final de esa búsqueda, ni quizás tampoco producir sus mejores frutos. De ahí, la crítica al surrealismo —al que consideran como una más de “las escuelas extremistas”, cuyo procedimiento consiste en destacar tan sólo uno de los elementos que hacen a la creación de una obra de arte—;¹⁸ de ahí las objeciones presentadas a dos figuras ampliamente reconocidas y canonizadas como Marcel Proust y André Gide,¹⁹ y de ahí también el empeño en atacar y descalificar cada una de las novelas que publican “autores de moda” como Paul Morand y Jean Cocteau. Por otro lado, predomina también la convicción —tal como advierte Gerardo Diego a Ramón de Basterra— de que “no podemos renunciar a una sola de las conquistas de expresión que lograron sucesivamente románticos, simbolistas y los diversos futurismos del ayer inmediato”.²⁰ Precisamente, sumarse a esas conquistas, tomarlas como parte de una tradición propia que es necesario superar, es un paso necesario si se quiere inscribir a España en la constelación de “lo nuevo”; esto es, mostrar que España no está ya en un lugar demasiado alejado del corazón o del centro de la cultura occidental.

En relación con ese *mapa*, cabe también preguntarse cómo aparece el lugar de América, o más bien de la América Hispana, porque si la producción portuguesa-brasileña está ausente del territorio explorado por la revista, Estados Unidos es más bien una tierra exótica, situada en los confines de lo que constituye la cultura occidental. Por lo demás, ya desde sus primeras páginas la revista se plantea dirigida al público hispanoamericano, con lo cual las colaboraciones y notas bibliográficas correspondientes a las obras de estos autores, desde la óptica de *Revista de Occidente*, comparten un espacio común. Es decir, de una u otra manera, son parte del universo de la producción en lengua española. Y de hecho, ni Borges ni Gironde son “presentados”, cortesía que en general la revista reserva para sus colaboradores *extranjeros*. Y si en ocasiones una reseña vale como “presentación” de un autor, en ninguna resalta tanto aquel clima de familia que planea sobre la nota francamente consagratoria que Ramón Gómez de la Serna dedica a *Fervor de Buenos Aires*, donde llega a la figura del “gran poeta” hablándonos de un Jorge Luis niño que se esconde tras las cortinas.²¹ Es necesario anotar que esta afirmación de un ámbito hispanoamericano —como veremos, tan fuertemente impugnado desde las páginas de *Martín Fierro*— también podía ser leída en aquellas colaboraciones que Borges y Gironde envían a *Revista de Occidente*: “Menoscabo y grandeza de Quevedo”, por un lado, y los poemas “Escorial” y “Juerga”, por el otro, dedicados respectivamente a D. José Ortega y Gasset y D. Eugenio D’Ors. No era descabellado leer allí el interés de dos jóvenes escritores de América frente a la tradición y al paisaje español.²²

Pero si a grandes rasgos éstas son las líneas y mapas que atraviesan *Revista de Occidente*, cabe preguntarnos ahora cómo aparecen en la reflexión de los

jóvenes de la “nueva generación”, o por lo menos de aquel grupo que insiste en adjudicarse esta nominación, y que nosotros vamos a encontrar principalmente en revistas como *Martín Fierro*, *Inicial*, *Proa*, *Valoraciones*, *Sagitario*, sin por ello suponer que esta acotación es exhaustiva o agota todo el campo de los emprendimientos juveniles llevados a cabo en los veinte.

Destaquemos que la fórmula misma en la cual la novedad aparece tramitada en una clave generacional había sido puesta en circulación por Ortega, quien consideraba además que los “síntomas” decisivos que definen una época no debían ubicarse tanto en el plano de las transformaciones industriales o políticas, sino más bien en el de “las ideas, de las preferencias morales o estéticas”, ideas que —a los ojos del intelectual español— surgen de una “sensación radical ante la vida”, a la que denomina “sensibilidad vital”. De aquí en más, dos tesis orteguianas van a resultar particularmente sugerentes para los jóvenes embarcados, de una u otra forma, en la empresa de “renovación de la cultura”: la idea de que “las variaciones de la sensibilidad vital sólo son decisivas en la historia bajo la forma de generación”, ya que es esta forma la que permite sostener cierta unidad y continuidad entre los héroes o individualidades enérgicas y las masas, y el diagnóstico, ampliamente subrayado desde *Revista de Occidente*, que afirma: “en nuestro tiempo la sensibilidad occidental hace un viraje, cuando menos de un cuadrante”.²³ Estos tópicos aparecen retomados en nuestro medio, una y otra vez, en casi todos los manifiestos de esos años. Así, por ejemplo, en *Martín Fierro* encontramos el llamado a definirse dirigido “a todos los que se sientan capaces de percibir que nos hallamos en presencia de una NUEVA sensibilidad y de una NUEVA comprensión”; en *Sagitario*, el joven efebo desnudo que se acerca a la mesa de los prohombres para gritar que ya no tienen nada que decir, nace “en la solidaridad con su pueblo” y tiende en su primer impulso “a consagrar la cultura a la vida y no la vida a la cultura”; *Inicial*, ya desde su propio título, se plantea como “Revista de la nueva generación”.²⁴

Pero aun si estos tópicos bien pudieron servir a estos jóvenes a la hora de marcar su presencia, dotar de visibilidad a sus intervenciones y establecer entre ellos lazos fundados en una común inspiración que a veces hoy no nos resulta tan evidente, la pregunta a plantearnos aquí es si pudieron ser apropiadas no solamente ciertas fórmulas orteguianas, sino más bien el universo de referencias que construye *Revista de Occidente*. Es decir, se trata de leer en qué medida algunas de sus preguntas incidieron en la configuración de determinados emprendimientos de esta nueva generación, y también reflexionar acerca de por qué, en otros casos, la invocación a “la nueva sensibilidad” va a mostrar un acercamiento más bien ambiguo, sinuoso, no exento de impugnaciones y enfrentamientos frente al *mapa* que construye *Revista de Occidente*.

Ciertamente, sabemos que estos jóvenes no sólo aludían con frecuencia a las

mismas fórmulas y brindaban juntos en los banquetes, sino que además participaban en diversos proyectos a través de sus colaboraciones. En efecto, recorriendo estas revistas, vemos cómo los nombres se repiten, y es posible encontrar a Brandán Caraffa tanto en *Proa* como en *Inicial*, donde también hallamos a Borges o a Carlos Sánchez Viamonte, uno de los más entusiastas animadores de *Sagitario*. Pero estos gestos no impiden reconocer cierta especificidad en cada una de estas publicaciones. De hecho, las revistas platenses, como *Valoraciones* y *Sagitario*, van a leer el problema de la “renovación de la cultura” en una línea de continuidad con aquel clima que había instaurado la Reforma Universitaria, marcado por la lucha contra el positivismo y por la apertura a un horizonte americano ampliamente estimulado por la presencia de exilados peruanos y visitantes mexicanos; revistas como *Proa* y *Martín Fierro* pondrán, en cambio, el acento en la renovación literaria y estética; por su parte, *Inicial* exhibe “una vocación omnívora de intervención intelectual”,²⁵ orientándose hacia los más diversos temas: la reforma universitaria, los comentarios políticos, la reflexión filosófica y estética, etc.

Atravesando estas particularidades, se puede discernir en estas publicaciones una inquietud, entonada de diversas formas, presente ya desde la Reforma Universitaria: la que sostiene la pregunta por el lugar de América frente a Europa. No es imposible leer en esas imágenes, que insisten en afirmar que “ha sonado la hora de América” y que “más de una voz nos proclama en Europa depositarios de lo poco que se ha salvado de la catástrofe”,²⁶ el intento de construir tanto un programa como un espacio desde donde afirmar sus intervenciones, expuestas constantemente —como testimonian tantas quejas al respecto— a la incomprensión o a la indiferencia del medio. De todas formas, podría decirse que de manera análoga a los jóvenes españoles que participan en *Revista de Occidente*, encontramos en estas publicaciones argentinas una atención dispuesta al diseño de distintos mapas, atención que va a desembocar, de una u otra forma, en la pregunta, crucial para estos jóvenes, acerca de cómo se construye una forma de expresión propia, original y potente. En ciertos casos, es a través de América, de los recorridos por determinadas zonas de América a partir de dónde se llega a plantear el problema de los acentos peculiares que debieran inscribir a nuestra literatura en la literatura universal; en otros, será más bien “la fe en nuestra fonética, en nuestra visión, en nuestros modales y en nuestro oído” — como dirá Oliverio Girondo— la que impulse los viajes a la búsqueda de un público; pero en ambos casos está muy clara la necesidad de exponer y trazar un mapa. Y, en relación con *Revista de Occidente*, habría que pensar en qué medida su lectura, la recepción de sus tópicos y la apropiación de algunas de sus marcas estuvo mediada, en algunos casos favorecida, en otros más bien dificultada, por el empeño que estos jóvenes dedicaron a la construcción y exploración de sus

propios mapas.

Así, por ejemplo, si tomamos los casos de *Valoraciones* y *Sagitario*, ya sea por los contactos de Carlos Américo Amaya o por la gravitación que adquiere —sobre todo en la primera— la figura de Pedro Henríquez Ureña, ya sea porque la continuación del universo abierto por la Reforma era un objetivo importante de los jóvenes platenses, ligados de una manera u otra a las aulas de la universidad, encontramos una fuerte afirmación de un ámbito americano. Las cartas entre Romain Rolland y Vasconcelos, los contactos con el APRA y Raúl Haya de la Torre, los artículos de Mariátegui y las reseñas sobre libros peruanos, las colaboraciones en torno al arte —principalmente, la pintura— mexicano, e inclusive la carta de un “brasileño moderno” a “un argentino moderno”, términos con los que Ronald de Carvalho se dirige a Carlos Sánchez Viamonte, nos hablan del sostenido interés por consolidar ciertas redes que hacen a la construcción de un mapa de América. Pero dado que allí aparecen revalorizadas zonas que hubiera resultado impensable rescatar desde una perspectiva anterior —más claramente, desde el paradigma positivista—, también se percibe la urgencia por cruzar este mapa con un nuevo sistema de referencias. De ahí que no presente mayores problemas el apropiarse de aquellos recorridos instalados en *Revista de Occidente*. De hecho, las notas mencionadas van a convivir con otras que aluden, que citan, que reiteran tópicos afirmados en la publicación española, tal como aparece de manera ejemplar en el artículo de Carlos Astrada, “La deshumanización de Occidente”,²⁷ donde el autor cuestiona la afirmación exclusivista de la cultura occidental, por la cual se considera a sí misma como la más excelsa forma de vida, y desarrolla a partir de allí un análisis que subraya el conflicto entre los medios y fines, al que ha conducido el acelerado proceso técnico y la consiguiente fragmentación de las disciplinas intelectuales. Ahora, si bien Astrada, citando a Simmel, señala que el problema principal consiste en la falta de una idea común, de un fin que unifique y otorgue sentido a una multitud de aspiraciones dispersas, no duda que es posible “la reconstitución de la vida consciente por iniciativa de la inteligencia libre”, dado que estamos en presencia de una “nueva sensibilidad” que se propone reconciliar las formas con la vida. Es esta misma aspiración la que encontramos, por ejemplo, en la propuesta de la comisión argentina para un futuro Congreso de Estudiantes:

Las juventudes de América deben propiciar el advenimiento de una nueva cultura, inspirada en los descubrimientos más recientes del pensamiento contemporáneo europeo, frente a la cultura materialista de cuño yanqui y ante la inminente disolución de la cultura europea.²⁸

Desde este programa, *Revista de Occidente* va a parecer una fuente confiable, a la que se acude con el propósito de encontrar esas “nuevas tendencias del pensamiento contemporáneo”. Esta operación es posible también porque la renovación que más llama la atención es aquella que, por ejemplo, se está produciendo en México: es allí donde el vuelco hacia la realidad nacional, realizado por aquellos pintores que *vuelven* de Europa, deviene de modo patente en la creación de obras de arte significativas. Quizás exagerando, podría sostenerse que interesa más la novedad —tanto política como artística— de México o Perú que la de París. Como, por otro lado, desde esas regiones, Buenos Aires es mirada como “la París sudamericana”, no hay encendidas disputas en torno a cuál es o debería ser el *centro* en esos mapas. Y por ello mismo pueden sencillamente no leer esas polémicas en *Revista de Occidente*, concentrándose en otras referencias que consideran indispensables para la construcción de esa nueva cultura en América. De ahí que las alusiones a las obras de Ortega, a las publicaciones de la editorial de *Revista de Occidente* o a autores como Worringer, Spengler, Simmel y Bergson, aparezcan cruzadas libremente con las de Vasconcelos, Romain Rolland, Waldo Frank y Rabindranath Tagore.

Distinto es el caso de *Inicial*, donde al menos desde una de las muchas líneas que atraviesan esta revista, se va a insistir en afirmar la pertenencia a ese horizonte, marcado por la presencia de Ortega y la *Revista de Occidente*. Desde estas páginas, el pensador español aparece reconocido como “el filósofo de la nueva generación”; se insiste en defender un cambio de sensibilidad apelando a “la nueva mentalidad de Occidente”,²⁹ caracterizada por “nuevos movimientos que afirman la decadencia de todos los valores de sistema y de todos los racionalismos —aún los disfrazados de realismo y de positivismo— como contrarios a la vida” y, además, comentando *Revista de Occidente* se ubica expresamente a *Inicial* en su mismo recorrido. Y a la hora de anotar una diferencia, ésta radica “en el valor intrínseco de ambas iniciativas”. Mientras que *Revista de Occidente* se reconoce como “el fruto maduro de discreta y larga meditación, emprendida por hombres de talento y cultura completa, (...) *Inicial* es la expresión de un fervoroso entusiasmo juvenil, lanzado a los cuatro vientos, con la candorosa ingenuidad del sembrador que no repara tanto en la aristocracia de la semilla, cuanto en la noble significación del gesto”.³⁰ Esto nos lleva a preguntarnos por qué una revista que, en líneas generales, no vacila a la hora de exagerar el gesto iconoclasta mantiene, sin embargo, una mirada tan respetuosa hacia *Revista de Occidente*. Si recordamos que es en *Inicial* donde más fuerte y frontalmente van a ser atacadas figuras consagradas como la de Lugones y donde también, por otro lado, van a ser frecuentes las quejas contra la juventud que fatiga sus fuerzas en “la vida limitada y ociosa de las tertulias de café, de los

cenáculos herméticos y de estériles rivalidades literarias”, tal vez resulta más comprensible el gesto de filiarse a un emprendimiento externo, al que se valora por ser una “nota moderna en el ambiente español” y por encauzar la mirada “desde los confines occidentales de Europa (...) hacia esta América que se abre ante su perspectiva como una vasta esperanza”. De algún modo, tal como *Revista de Occidente*, ellos también están o quieren situarse “afuera” (dato que de alguna manera aparece en la larga lista de “contras” con la que esta publicación se presenta), porque es esa posición la que los habilita para ejercer la crítica despiadada hacia dentro, crítica que no se detiene ni aun ante sus propios aliados.

Más ambigua y compleja es la posición de *Martín Fierro* frente a *Revista de Occidente*. Ciertamente, tanto ésta como su director aparecen mencionados en contadas ocasiones, aunque sí se abre este espacio a jóvenes escritores españoles que colaboran asiduamente en *Revista de Occidente*. En este sentido, en *Martín Fierro* no sólo se publicará una antología de “autores españoles nuevos”, sino también textos de Benjamín Jarnés, Antonio Marichalar, Giménez Caballero y, más frecuentemente, colaboraciones y cartas de Guillermo de Torre. Facilitaron estas inclusiones contactos personales, como los de Borges o los que Oliverio Girondo arma a partir de su visita a España, pero seguramente también estos vínculos operaron en la atención que *Revista de Occidente* dedica a estos autores rioplatenses en las notas bibliográficas.

Si bien en *Martín Fierro* aparece una y otra vez la pregunta por la *forma* que han de tomar la literatura y el arte radicalmente modernos, en una actitud que todo el tiempo manifiesta una aguda preocupación por las “orientaciones actuales” y la “sensibilidad del momento”; si bien, en ocasiones, son notorios los giros y las referencias implícitas tanto a Ortega como a su revista,³¹ ¿por qué se elude la cita, la mención, y predomina más bien una actitud de silencio y distancia? Es decir, la cuestión que nos atañe es: ¿por qué una publicación tan inclinada a mostrar y exhibir la novedad más bien se preocupa por eludir, la mayor parte de las veces, filiaciones explícitas a *Revista de Occidente*? Por otro lado, el prestigio de que gozaba esta publicación surge en determinados gestos, cuando por ejemplo se anuncia la edición de *Calcomanías*, ofreciendo al lector dos poemas, casualmente “Escorial” y “Juerga”, sin evitar mencionar, por supuesto, que fueron tomados de *Revista de Occidente*. Dado que, tal como se dice en la nota, *Martín Fierro* cuenta a Girondo como “uno de sus principales redactores”, es evidente que no necesitaban tomar sus poemas de ninguna otra publicación y que más bien se trata de exhibir que *también* fueron publicados allí.

Entonces, si en principio un lugar de visibilidad y relevancia de *Revista de Occidente* no es discutido y atacado, si existen contactos y vínculos entre colaboradores de ambas publicaciones, si efectivamente no se deja de aludir —

de manera superficial— a tópicos patentados por la publicación de Ortega para atacar a aquellos que “niegan toda apariencia de verdad en la renovación”, ¿cuáles son los factores que inhiben un reconocimiento más explícito de *Martín Fierro* hacia *Revista de Occidente*?

Podríamos mencionar, en primer lugar, una diferencia clara en torno a los “planos de la vida moderna” en la que deciden concentrarse. En efecto, *Martín Fierro* se presenta como un “periódico quincenal de arte y crítica libre”, y si bien se ha preocupado por atender en sus páginas a un amplio espectro de las manifestaciones estéticas, es conocido el hecho de que sus principales redactores tenían un especial interés en el campo de la renovación literaria. Es decir, se trata de una revista literaria, animada por un grupo de jóvenes escritores. Por su parte, *Revista de Occidente* era una publicación de cultura general, dirigida por un reconocido pensador español, cuyas preocupaciones y contactos tendían a privilegiar el ensayo de índole filosófico, histórico o estético. De todas formas, tal como vimos, la renovación literaria no era un aspecto descuidado en *Revista de Occidente*, pero tampoco constituía el eje de las contribuciones positivas que esta publicación quería mostrar, dado que allí se anudaban una serie de las polémicas y negaciones sostenidas frente al claro predominio de la producción francesa.

Como es sabido, en *Martín Fierro* la importación de “lo nuevo” a partir de la lectura de autores europeos se va a cruzar con la preocupación por inscribir en la literatura universal una obra profundamente argentina.³² En este sentido, una de las tantas afirmaciones de Evar Méndez, destinadas a reiterar a su público “quiénes son”, más bien exhibe claramente cómo desean escribir: “muy argentinos de hoy, con la recia raíz gaucha y el acento genuino de la civilización occidental de la que formamos parte”.³³

Ahora bien, ¿qué miran como *centro* de esa civilización occidental? Tal como *Revista de Occidente*, en primer lugar a Francia. Ciertamente, también ven otras cosas: Ramón Gómez de la Serna, Marinetti, pero éstos viajan a Buenos Aires; en cambio, aquellos escritores que son vistos más allá de cualquier gesto realizado para ubicarse en rango de visibilidad son los franceses. Y en *Martín Fierro* son visualizados desde una perspectiva francamente diferente a aquella que exhibe *Revista de Occidente*, perspectiva que sea a propósito de Apollinaire, de Proust o de Gide, como de Giraudoux, Paul Morand, Jules Romains o Valéry Larbaud, está dispuesta siempre al reconocimiento y al elogio. Hasta ante una figura a la que se considera ajena a la sensibilidad contemporánea, como Anatole France, la negación al homenaje es casi más bien un pedido de disculpa por no rendirlo a quien ha sido “un momento insustituible de nuestra formación espiritual”.

A diferencia de *Revista de Occidente*, es evidente que *Martín Fierro* no se percibe cerca de ese *centro*. Consciente de que “es más difícil triunfar en Buenos

Aires que en París”, no tiene, sin embargo, que disputarle a París ningún público, cuestión que en cambio sí parece una prioridad para los jóvenes escritores españoles que participan en *Revista de Occidente*. Y esto es lo que estalla en la famosa disputa por el “meridiano intelectual”, polémica que inicia Guillermo de Torre desde *La Gaceta Literaria*, revista que surge en 1927, dirigida por Giménez Caballero y presentada por Ortega, empresa en la cual participa un amplio espectro de los jóvenes colaboradores de *Revista de Occidente*. Y, de algún modo, el ataque al provincialismo con el que Ortega se despacha en la presentación de *La Gaceta Literaria*,³⁴ no es sino otra forma de mentar aquel cosmopolitismo que abre *Revista de Occidente*, rasgo que resalta del “momento actual” y al que apela para construir sus mapas. Desde estos mapas, la comunidad de la lengua es el punto de partida que lleva a la consideración del público hispanoamericano como un público naturalmente propio, y es en parte lo que está en juego en las polémicas constantes que *Revista de Occidente* sostiene frente a la producción francesa. Esto es lo que plantea directa y explícitamente el artículo de Guillermo de Torre que inicia la polémica por el “meridiano intelectual”:

¡Basta ya de tolerar pasivamente esa merma de nuestro prestigio, esa desviación constante de los intereses intelectuales hacia Francia!

Frente a los excesos y errores del latinismo, frente al monopolio galo, frente a la gran imantación que ejerce París cerca de los intelectuales hispanoparlantes tratemos de polarizar su atención, reafirmando la valía de España y el nuevo estado de espíritu que aquí empieza a cristalizar en un hispanoamericanismo extraoficial y eficaz. Frente a la imantación desviada de París, señalemos en nuestra geografía espiritual a Madrid como el más certero punto meridiano, como la más auténtica línea de intersección entre España y Europa.³⁵

Ciertamente, *Martín Fierro* no va a vacilar en manifestar su rotundo rechazo a esta propuesta. Y si en la famosa polémica esa posición alcanza un tono fuertemente agresivo, no está de más recordar que, desde sus primeros números, esta revista juvenil se va a preocupar por afirmar que “ya no somos hispanoamericanos”, que existe un “tipo argentino” y una “sensibilidad argentina”,³⁶ cuya particularidad justifica la negativa a admitir una indiferenciada inclusión en el universo hispano. Esto no impide que en ocasiones se reconozca que esa afirmación de una identidad nacional constituye más bien un programa que un hecho, pero en todo se caso se trataba de un programa en el que, sin

duda, se consideraban altamente involucrados.

Si efectivamente desde allí resultan en parte concebible ciertas distancias y silencios frente a *Revista de Occidente*, también opera de modo decisivo el hecho de que estos jóvenes van a preferir manejarse con sus propios *mapas* —mapas en el cual París resulta elegido como centro— no sólo por sus propios viajes, sino también, como ha señalado Sarlo, porque allí aparecían sólidamente afirmados ciertos valores estéticos que ellos necesitaban rescatar para afirmar la legitimidad de su programa en diversos frentes. En efecto, era necesario responder tanto a las críticas de Mariani como a las de Gálvez.

De todas formas, la misma *Martín Fierro* que se pronuncia claramente en contra del hispanoamericanismo recibe con todos los honores a Ramón Gómez de la Serna, quien por su parte realiza gestos inequívocos de reconocimiento hacia estos jóvenes. En la “Salutación” con la que anuncia su visita, sostiene precisamente que “lo nuevo tiene que resplandecer en América donde no hay ningún fanatismo que detenga la aurora esperada”. Este acercamiento, que se une a otros que propiciaron frente a autores españoles —entre ellos, el mismo Guillermo de Torre— pareciera buscado por *Martín Fierro*: así como Gerardo Diego sugiere en algún momento desde las páginas de *Revista de Occidente* que la nueva producción española puede encontrar en América tanto un público como un mercado, también los jóvenes que participan en *Martín Fierro* conciben que el contacto con los españoles puede servirles tanto para editar sus obras como para asegurar una difusión más amplia de las mismas por el resto de América. De hecho, la “misión intelectual de Girondo”, articulada en un viaje por Perú, México y España, “significa —tal como la expone *Martín Fierro*— la difusión de la obra y los nombres de los nuevos intelectuales argentinos y uruguayos, entre los públicos más comprensivos de los continentes americanos y europeos”.³⁷

Pero más allá de ese posicionamiento ambiguo de *Martín Fierro*, que va a buscar al mismo tiempo afirmar la proximidad y la distancia con respecto al universo cultural hispano, parece relevante señalar que, por esos años, los diversos proyectos juveniles enfatizan la necesidad de promover una renovación del lenguaje, de las categorías teóricas, del *archivo* disponible para conceptuar el presente. El tipo de intervención que estos jóvenes aspiraban a producir en la cultura argentina con frecuencia se encuentra asociada a la percepción de que la gran guerra había trastocado todas las coordenadas del mundo moderno. Tanto la crítica a la generación anterior como la afirmación de “una nueva posición ante los problemas de la cultura” requería de aquello que podía ofrecer *Revista de Occidente*: información “intensiva y jerarquizada”, avalada por prestigiosas firmas extranjeras, empeñada en orientar al lector en torno a las claves de interpretación de un tiempo que se define por la ineluctabilidad de lo nuevo.

Efectivamente, a partir de 1923, *Revista de Occidente* pone en circulación una “nueva biblioteca” que estos jóvenes van a visitar una y otra vez con el propósito de definir su propia inserción en el canon de la cultura occidental. Por eso, los desacuerdos o silencios que suscita esta publicación deben leerse teniendo en cuenta el contexto de marcas, de referencias y de acuerdos que efectivamente instalan en la cultura argentina de los años veinte las sucesivas intervenciones de *Revista de Occidente*.

Este trabajo se inscribe en esta dirección y apunta tan sólo a armar un panorama general de esta cuestión, mostrando cómo en diversos emprendimientos de esta “nueva generación” está presente la apropiación y la polémica con algunas de las líneas que atraviesan *Revista de Occidente*.

NOTAS

1. Henríquez Ureña, Pedro; “Caminos de nuestra historia literaria” en *Valoraciones*, La Plata, vol. III, núm. 7, sept. 1925, pp. 27-32.
2. “Propósitos” en *Revista de Occidente* (en adelante: *RO*), vol. 1, núm. 1, julio 1923, pp. 2-3.
3. Véase López Campillo, Evelyne; *La “Revista de Occidente” y la formación de minorías, 1923-1936*, Madrid, Taurus, 1972, p. 66.
4. Henríquez Ureña, Pedro; “El peligro de *Revista de Occidente*” en *La Pluma*, Montevideo, vol. III, 1927, citado en Medin, Tzvi; *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, México, FCE, 1994, p. 32.
5. Para una lista ampliada de los colaboradores y una breve historia de la evolución de esta lista, véase López Campillo, Evelyne; *op. cit.*, pp. 71-76. Es necesario señalar que, durante los años veinte, tanto *Revista de Occidente* como las publicaciones juveniles argentinas comparten un rasgo común: juntan nombres y textos diversos de autores que durante las décadas del treinta y del cuarenta, impulsados por sus opciones políticas, seguirán caminos muy diferentes.
6. Cfr. Spengler, Oswald; *La decadencia de Occidente*, Barcelona, Editorial Planeta, 1993, vol. I. “Introducción”, pp. 25-84 (1ª edición: 1918).
7. Véase Spengler, Oswald; “Pueblos y razas”, en *RO*, vol. V, núm. XV, sept. 1924, pp. 351-374. El artículo de Eduardo Schwartz, “El sentido histórico de los griegos” (*RO*, vol V, núm. XIII, julio 1924, pp. 43-68) es el primero de los artículos traducidos de la revista *Logos*. Otro de los artículos de esa revista es el de Spangenberg, H.; “Los períodos de la Historia Universal”, *RO*, vol. X, núm. XXIX, nov. 1925, pp. 192-219. Sería muy extenso citar todas las referencias y alusiones a Spengler que aparecen en *Revista de Occidente*, por eso remito tan sólo a algunos ejemplos: Vela, Fernando; “Desde la ribera oscura. (Sobre una estética del cine)” en *RO*, vol. VIII, núm. XXIII, mayo 1925, pp. 202-208; Salaverría, José María; “Meteorología para intelectuales”, *RO*, vol. VII, núm. XIX, enero 1925, pp. 100-109; García Morente, Manuel; “El chiste y su teoría”, *RO*, vol. I, núm. III, sept. 1923, pp. 356-364.

8. Perspectiva que, por su parte, Ortega había difundido y profundizado en su libro *El tema de nuestro tiempo*. Cfr. Ortega y Gasset, J.; *El tema de nuestro tiempo* en *Obras Completas*, Madrid, Alianza, 1983, véase especialmente el capítulo “Cultura y vida”, pp. 163-168.
9. Y aun, por ejemplo, cuando Sánchez Rivero usa la oposición entre cultura y civilización, en pos de mostrar que “en nuestras sociedades la sensibilidad dominante tiene tono de civilización mucho más que de cultura”, el tópico de la “decadencia” que pretende asociarse al de “civilización” no aparece signado por el agotamiento de ciertas posibilidades vitales. Como la caracterización de la “civilización” es abordada desde el conflicto entre los medios y los fines, y éste constituye la matriz de “la vida moderna”, lo que se subraya con la alusión a la “decadencia” no es la extenuación de ciertas posibilidades propias de la modernidad, sino más bien su diferencia con el mundo antiguo. Así sostiene: “El problema de los fines, que en las preocupaciones antiguas era lo esencial, resulta desplazado por el ardor en la conquista de los medios, para fines que se dejan vagamente sobreentendidos. El único sentimiento que se cultiva es la exaltación tan típicamente moderna del *record*. La vida moderna está organizada sobre el impulso al *record*, como la clásica y la cristiana a base del ejemplo. Nuestros héroes son *recordmen*; los antiguos eran hombres ejemplares, ya fuesen santos, ya sabios. Y como el *record* es resultado de una tensión siempre más viva al esfuerzo, la única virtud que obtiene acatamiento es el trabajo, sin otra calificación cualitativa que su utilidad”. Lo que encontramos aquí, en realidad, es un uso de términos spenglerianos, a los cuales se les sobreimprime otra matriz de pensamiento, aquella filiada más bien a las reflexiones de Simmel. Véase Sánchez Rivero, A.; “Salvos” en *RO*, vol. IV, núm. IX, mayo 1924, pp. 248-255.
10. Cfr. García Morente, M.; “*El tema de nuestro tiempo* (Filosofía de la perspectiva)” en *RO*, vol. II, núm. V, p. 104, el subrayado es mío.
11. Había cierto consenso en el reconocimiento de que España había quedado aislada de las corrientes centrales de la vida europea a partir de la modernidad, tal como muestra Cerezo Galán al interpretar la confrontación entre Ortega y Unamuno como un enfrentamiento entre diversas propuestas que, una vez aceptado este diagnóstico, se conciben como “remedios” o soluciones para la situación de España. Desde nuestra perspectiva, resulta particularmente interesante su análisis porque exhibe cómo se percibía la distancia de España con respecto a Europa. Véase Cerezo Galán, Pedro; *La voluntad de aventura*, pp. 92-98. Ahora, si por esos años, “España es el problema y Europa es la solución” — recordemos el proyecto de la revista *Europa* que Ortega dirige durante 1910— ciertamente habría de parecer tal por muy poco tiempo: en 1915, desde las páginas de *España*, en un artículo que nadie duda en atribuir a Ortega, se proclama lo aterrador de un panorama en el cual “la línea toda del horizonte europeo arde en un incendio fabuloso”. (Véase Menéndez Alzamora, Manuel; “Vieja y nueva política. El semanario *España* en el nacimiento de la generación del 14” en López de la Vieja, Ma. Teresa; *Política y Sociedad en Ortega y Gasset. En torno a “Nueva y Vieja Política”*, Barcelona, Anthropos, 1997, pp. 185-193). En este sentido, la representación de Occidente —afirmada después de la guerra— ofrece una imagen que convoca a pensar un espacio más amplio que el de aquella Europa que había sido arrasada, material y simbólicamente, por la guerra.
12. Es necesario destacar que estas “presentaciones” se deslizan con frecuencia a lo largo de

los sucesivos números de la revista. Es posible ver allí cómo, siguiendo las sugerencias metodológicas planteadas por Roger Chartier, a partir de una representación previa de la lectura se activan estrategias de control y de seducción del lector (véase al respecto Chartier, R.; *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, trad. Claudia Ferrari, Barcelona, Gedisa, 1992). Por ejemplo, el acápite correspondiente al artículo “El sistema de Federico Nietzsche” de Alejandro Pfänder, señala lo siguiente: “El 15 de octubre cumple el 80º aniversario del nacimiento de Federico Nietzsche. Nos ha parecido la mejor manera de asociarnos a la conmemoración que le dedica el mundo filosófico publicar el siguiente estudio de Alejandro Pfänder, insuperable modelo de diaphanidad expositiva. El sistema de ideas de Nietzsche es más riguroso y trabajado de lo que cree la opinión común; Nietzsche escribía en aforismos, mas no pensaba en aforismos. De la fragmentación e irregularidad de su obra proceden las interpretaciones erróneas e incompletas. Alejandro Pfänder, profesor de filosofía en la Universidad de Munich, ha sabido destacar en su mayor pureza y sencillez las ideas fundamentales y armar y reconstruir la arquitectura evidente del sistema en su gradual desarrollo y último perfeccionamiento”. (*RO*, vol. VI, núm. XVI, pp. 88 y ss.). Particularmente, en esta cita, se visualizan dos objetivos que con frecuencia cumplen esas “presentaciones”: por un lado, orientar y controlar la lectura; por otro, exhibir una importante red de contactos culturales y académicos que también aseguraban el prestigio de esta publicación.

13. Cfr. López Campillo, E.; *op. cit.*, p. 173.
14. Tal como, por ejemplo, aparece en el artículo de León Frobenius, “La cultura de la Atlántida” en *RO*, vol. I, núm. III, sept. 1923, pp. 289-318.
15. “El silencio por Mallarmé. Encuesta sin trascendencia” en *RO*, vol. II, núm. V, nov. 1923, p. 239.
16. De hecho, cuando Antonio Marichalar abre uno de los números de la revista con un trabajo titulado: “James Joyce en su laberinto” (*RO*, vol. VI, núm. XVII, nov. 1924, pp. 177-202), el acápite del artículo es una cita de un escritor francés, J. Giraudoux: “-¿La muerte? No tiene interés. Lo que en estos momentos intriga a París no es la Muerte, ciertamente: es el monólogo interior. -¿No ha oído hablar de Joyce?”.
17. Esta pregunta aparece formulada con frecuencia en los diversos análisis y presentaciones del “pensamiento literario actual” insertados, por lo general, en reseñas de nuevos autores, tanto españoles como extranjeros. El diagnóstico subraya que el rechazo hacia formas anteriores genera un consenso unánime en torno a lo que ya no puede hacerse en literatura, pero esto no implica demasiadas certezas en torno a las nuevas formas que han de reemplazar a las anteriores. Cfr. Espina, A.; “José Bergamín. *El cohete y la estrella*”, *RO*, vol. III, núm. VII, enero 1924, pp. 125-127. Véase también Espina, A.; “Ivan Goll: *Les cinq continents. Anthologie mondiale de poésie contemporaine*”, *RO*, vol. I, núm. 2, agosto 1923, pp. 247-251, y Marichalar, A.; “Síntomas”, *RO*, vol. V, núm. XV, sept. 1924, pp. 394-398.
18. Cfr. Vela, Fernando; “El suprarrealismo” en *RO*, vol. VI, núm. XVIII, dic. 1924, pp. 428-434.
19. Cfr. Marichalar, Antonio; “Mutaciones”, en *RO*, vol. VII, núm. XXI, marzo 1925, pp. 366-372.

20. Cfr. Diego, Gerardo; "Poetas del norte: Miguel de Unamuno, José del Río Sáenz, Ramón de Basterra", en *RO*, vol. II, núm. IV, oct. 1923, pp. 128-132.
21. Gómez de la Serna, R.; "Jorge Luis Borges: *El fervor de Buenos Aires*" en *RO*, vol. IV, núm. X, abril 1924, pp. 123-127.
22. Véase Borges, J. L.; "Menoscabo y grandeza de Quevedo" en *RO*, vol. VI, núm. XVII, nov. 1924, pp. 249-255; y Gironde, O.; "Escorial" y "Juerga", en *RO*, vol. VII, núm. XIX, pp. 28-32.
23. Véase, Ortega y Gasset, J.; *El tema de nuestro tiempo*, p. 152.
24. Cfr. "Manifiesto de *Martín Fierro*", *Martín Fierro*, Buenos Aires, año I, núm. 4, 15 de mayo 1924, en *Revista Martín Fierro 1924-1927. Edición facsimilar*, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, p. 25; "Las flechas del Carcax", *Sagitario*, La Plata, año I, núm. I, mayo-junio 1925, pp. 3-9; "Inicial", *Inicial. Revista de la nueva generación*, Buenos Aires, año I, núm. 1, oct. 1923, pp. 4-6.
25. La fórmula pertenece a Fernando Rodríguez y fue expuesta en "*Inicial. Revista de la nueva generación*. La política en la vanguardia literaria de los años 20" en *Estudios Sociales*. Revista Universitaria semestral, Año V, N° 8, Santa Fe, 1° semestre de 1995, pp. 49-75.
26. Cfr. Caraffa, Brandán; "Hildebrando Pizzetti y el Dios único" en *Inicial*, Buenos Aires, año I, núm. 1, octubre 1923, pp. 9-21.
27. Astrada, Carlos; "La deshumanización de Occidente" en *Sagitario*, La Plata, año I, núm. 2, julio-agosto 1925, pp. 193-209.
28. "El próximo Congreso Latino-Americano" en *Sagitario*, La Plata, año I, núm. 1, mayo-junio 1925, pp. 105-108.
29. Véase "Un filósofo de la nueva generación", en *Inicial*, año I, núm. 3, dic. 1923, pp. 58-63; y "La nueva mentalidad de Occidente", en *Inicial*, año I, núm. 4, enero-marzo 1924, pp. 3-10.
30. "Revista de Occidente" en *Inicial*, año I, núm. 6, sept. 1924, pp. 98-99.
31. Las referencias a *Revista de Occidente* atraviesan un amplio espectro de colaboraciones en *Martín Fierro*. En algunas oportunidades, esa filiación se hace explícita, como es el caso de Astrada, quien en su artículo "Imperativo de Plasticidad" cita tanto "Filosofía de la moda" de Simmel (traducido y publicado en 1923 en *RO*) como *Las Atlántidas* de Ortega y Gasset (Véase *Martín Fierro*, año IV, núm. 38, feb. 1927 en *Revista Martín Fierro...*, p. 308). Pero, tal como decíamos, en la mayoría de las ocasiones aparece sólo la alusión implícita, sea a algunos de los temas, autores o marcas propias de *RO*, sea a los tópicos que atraviesan por esos años la producción orteguiana. Así, por ejemplo, Horacio Linares, al polemizar con Galvéz, retoma casi textualmente a Ortega al afirmar: " Toda generación medianamente vigorosa busca y encuentra un acuerdo original entre sus íntimos problemas y las ideas circundantes" (*Martín Fierro*, año II, núm. 18, 26 junio 1925 en *Revista Martín Fierro...*, p. 125). Por su parte, Evar Méndez, en las presentaciones de la labor realizada que año tras año se suceden en la revista, va a insistir en asociar la "nueva sensibilidad" a nuevos valores que suponen un cambio "en las costumbres, las ciencias, la filosofía y la mecánica". Si bien es cierto que sus afirmaciones no avanzan explicitando en qué consisten esos cambios o a qué fenómenos remiten, es posible leer allí una alusión rápida a aquello que caracterizaba la perspectiva tanto de

- Ortega en particular como de *Revista de Occidente* más en general. Y esta operación resulta plausible por ciertas marcas del lenguaje: su allocución continua sosteniendo — en total sintonía con *El tema de nuestro tiempo*— “está cumpliéndose una ley biológica, con irremediable fatalidad: la juventud aporta, en forma decidida y decisiva, su contribución renovadora” (“Notas de Martín Fierro”, *Martín Fierro*, año II, núm. 16, 5 mayo de 1926 en *Revista Martín Fierro...*, pp. 108-110). Colaboradores como Alberto Prebisch no escatiman el uso de los materiales de *Revista de Occidente* a la hora de reflexionar sobre el problema de la forma en el arte: véase, por ejemplo, su “Sugestiones de una visita al Salón de acuarelistas, pastelistas y aguafuertistas” (*Martín Fierro*, año I, núm. 5-6, 15 de junio 1924 en *Revista Martín Fierro...*, p. 35) o “Fantasía y cálculo” (*Martín Fierro*, año II, núm. 20, 5 agosto 1925, en *Revista Martín Fierro...*, p. 141). Frecuentes son las alusiones a Spengler, tal como aparece en la reseña crítica que Borges le dedica a *Literaturas europeas de vanguardia* de Guillermo de Torre, o en aquella nota de Serge Panine sobre el Regent Street donde la tesis de que, en realidad, es América la que renueva a Europa, comienza festejando el hecho de que “quizás la decadencia de Occidente no pase de una simple amenaza” (*Ibid.*, p. 139). Véase también de Serge Panine, “Acotaciones a un tema vital” (*Martín Fierro*, año I, núm. 10-11, sept.-oct. 1925 en *Revista Martín Fierro...*, p. 68).
32. Cfr. Sarlo, Beatriz; *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Edición Nueva Visión, 1988, cap. IV, “Vanguardia y Utopía”, pp. 95-120.
 33. “Martín Fierro 1926”, *Martín Fierro*, Año III, núm. 27-28, mayo 10 de 1926 en *Revista Martín Fierro...*, p. 196.
 34. Ortega y Gasset, J.; “Sobre un periódico de las letras” en *Obras completas*, vol. III, p. 446-448 (publicado en *La Gaceta Literaria*, año I, núm. I, enero 1927).
 35. De Torre, Guillermo; “Madrid meridiano intelectual de Hispanoamérica”, *La Gaceta literaria*, año I, núm. 8, 15 de abril 1927, p. 1.
 36. Con una inusitada frecuencia, es frente a España que las colaboraciones de *Martín Fierro* sienten la necesidad de afirmar la existencia de un “tipo argentino” y de “una sensibilidad argentina”, temas ambos que van a ser mentados en casi todas las respuestas de los jóvenes rioplatenses en torno al “meridiano intelectual”. Me gustaría resaltar aquí la manera singular cómo aparece en una de las curiosas “Notas al margen de la actualidad” (*Martín Fierro*, año I, núm. 3, abril 1924 en *Revista Martín Fierro...*, p. 18). La nota responde a un comentario de Federico de Onís, quien aparentemente quiso reinvidicar para España “nuestro *Martín Fierro*”. En esta respuesta, que explora varios argumentos para explicar por qué “ya no somos españoles”, una frase resulta significativa, porque afirma el mismo hecho en distintos tiempos verbales: en un pasado reciente, en el presente y el futuro: “porque no quieren creer sus políticos, escritores, hombres de ciencia o simples gentes anónimas que ya no somos hispanoamericanos por otra cosa que no sea el habla, que los inmigrantes de veinte países distintos, con sus idiomas, sus gustos, sus costumbres y religiones, **han formado** un tipo argentino que muy poco tiene que ver con el español ni aún con el criollo del coloniaje, y que se **está elaborando** aquí un tipo étnico, acaso el definitivo argentino, que a Dios gracias, **será** cada vez menos ibérico...”. Con respecto a la “sensibilidad argentina”, es sabido que *Martín Fierro* organiza una encuesta preguntando: “1-. ¿Cree Ud. en la existencia de una sensibilidad, de una

mentalidad argentinas? ; 2-. En caso afirmativo, ¿cuáles son sus características?”, encuesta cuyas respuestas aparecen en el núm. 5/6 (*Revista Martín Fierro...*, p. 38). Aun cuando Gironde estime allí que “la primera pregunta es una agachada de *Martín Fierro*, puesto que *Martín Fierro* no puede dudar de la existencia de una mentalidad y una sensibilidad argentina”, sin embargo, de un total de doce respuestas, seis se pronuncian directamente por el “no”.

37. “Oliverio Gironde en misión intelectual”, *Martín Fierro*, año I, núm. 5-6, 15 de mayo-15 de junio de 1924, en *Revista Martín Fierro...*, p. 47.